

otra, de dos filos, que entra y llega hasta los pliegues más recónditos del alma y del espíritu (1).

¿Qué importa que María, nuestra Señora, no haya realmente derramado su preciosa sangre, ó que los verdugos del Señor no hubieran intentado expresamente atormentarla con la muerte de su Hijo? Los tormentos y dolores de la admirable Reina de los mártires fueron suficientes para darle muerte, y solamente el milagroso auxilio con que el Señor la conservó, pudo impedir que sucumbiese. En cuanto á lo segundo, en realidad, persiguiendo á Jesucristo, hacían lo mismo con la Santa Madre, y dando muerte al Salvador, los verdugos, cuanto era de su parte, también la daban á la sensible y amorosa Virgen (2).

¡Oh Reina de los mártires, incomparable y Santa Virgen, Madre de Jesús! ¿Cuándo podrá la humana lengua explicar los vivos y profundísimos dolores que sufriste en día funesto, sobre la colina del Calvario? ¿Cuándo el corazón de los mortales podrá también sentir en toda su grandeza aquellos tan amargos sufrimientos? Apenas nos hemos acercado á orillas de ese profundo y dilatado mar, y queda el corazón desfallecido, y sin luz quedó la inteligencia; mas con todo, en medio del pesar y la funesta sombra que nos rodea, conocemos cuán grandes fueron tus dolores; y el ardiente amor que nuestras almas te profesan, hácenos llorar contigo: ¡qué dulces son las lágrimas que los hijos derraman en el seno de su Santa Madre!

(1) Heb., IV, 12.

(2) Suar., t. 2 ad 3, p. dist. 21, Sect. 4.

¡Cuán suaves y amorosos los suspiros que recoges en tus manos al salir del corazón! Por esto, amada Virgen, no hay para nosotros consuelo más hermoso que la parte que tomamos en tus penas; que éstas ¡oh Señora! nos llenen de amargura, inspirándonos horror á los pecados; y dando al alma verdadera penitencia, nos hagan siempre amarte con ternura: hé aquí nuestros deseos, la ardiente y humildísima plegaria que os manda el corazón.

¡Reina de los mártires, ruega por tus hijos!

## CAPÍTULO XV.

EL TESTAMENTO Y LA MUERTE DE JESÚS.

NUEVOS DOLORES DE MARÍA.

### § I.



AS últimas palabras que nos dirige un ser querido son para nosotros riquísimo tesoro que guardamos con amor dentro del alma; porque contienen el postrer afecto de un corazón que pronto dejará de palpar; afecto condensado, si así decirse puede, tal vez con los recuerdos de la infancia, las más puras y ardientes emociones de la vida, y en fin, los sentimientos que se han desarrollado durante los períodos más

hermosos de nuestros días de gloria: esas palabras, por lo mismo, son la más ingenua y verdadera síntesis del amor que se despidе.

Relacionando lo que hemos asentado con el objeto en que nos ocupamos, tenemos que añadir que las palabras que dijo el Salvador sobre la cruz contienen una enseñanza universal: palabras son de vida eterna, que ilumina todo el mundo con su apacible y bello resplandor. La verdad, el amor, la luz divina, hé allí lo que descubrimos en el testamento de Jesús, preciosa herencia que nos legó al morir. Para nuestra Niña, aquellas palabras y estos sentimientos eran cual candentes dardos que atravesaban su sensible y amoroso corazón.

María contempla al Hijo de su seno, muriendo entre angustias y grandísimos dolores; rodeado según la expresión del Rey Profeta, de novillos y de toros, y de rabiosos perros (1); y sin embargo, como olvidado de sus penas, derrama sobre sus verdugos una mirada llena de ternura, y vuelve los ojos al Eterno, exclamando: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (2). Tales expresiones descubren cuán grande es su amor hacia los hombres, pues éstos no han podido, en el frenesí de su rabiosa saña contra el Señor, apagar las llamas de su ardiente caridad. Y sin embargo, esa caridad es despreciada.... María siente en el alma grandísimo dolor: contemplar la boudad y ternura de Jesús desconocida y blasfemada, es

(1) Ps. XXI, 13, 17.

(2) Luc., XXIII, 34.

un tormento que le arranca lágrimas de sangre.

Cual si aquellos monstruos fueran dignos de ser hijos de Dios, Jesús implora en favor suyo la clemencia del más piadoso de los padres (1); como olvidado de sí mismo y del inmenso piélago de aflicciones y dolores en que se halla sumergido, atiende sobre todo á la salud eterna de sus enemigos, cuya ruina le sería más amarga que la misma muerte (2).

No se olvida el Divino Salvador de que es nuestro pontífice; y por esto, ruega por los hombres, elevando al Padre sus plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas (3).

La cruz es la cátedra donde ejerce su divino magisterio el Hombre Dios (4); y el primer documento que nos da es el amor á nuestros enemigos, su ejemplo y sus palabras nos descubren en Él mismo el cumplimiento de la ley que había enseñado (5). Amar al prójimo prueba la justicia; mas el amor de nuestros enemigos patentiza la más admirable perfección en aquella excelente virtud (6). Nuestra querida y santa Niña, la discípula más fiel del Hombre Dios, al escuchar aquellas amorosísimas palabras de Jesús, ruega también por esos hombres que le dan la muerte; pero esto no sucede sino vertiendo amargas lá-

(1) Cajetan, hic.

(2) D. Laurent. Justin., De Christi agone, C. 17.

(3) Heb., v, 7.

(4) August., T. 119, in Joann.

(5) D. Ambros., L. 10, in Luc.

(6) D. Ambros., L. 10, in Luc.

grimas; en efecto, ¿cómo no sentir lleno de amargura el corazón, al tener que rogar por los que así blasfemaban de su Hijo, que podía decir entonces: «Mis enemigos retornábanme males por bienes, procurando quitarme la vida? Pero yo, mientras ellos me affigían, me cubría de cilicio, humillaba mi alma con el ayuno, y no cesaba de orar en mi corazón. Con el amor que á un íntimo amigo, y como á un hermano mío, así los trataba: como quien está de luto y en tristeza, así me humillaba. Mas ellos hacían fiesta, y se armaron contra mí, descargaron sobre mis espaldas azotes á porfía, sin saber yo la causa. Quedaron disipados, mas no arrepentidos» (1). Hé aquí cómo se levantan del seno de María las nubes del dolor que la envuelven y hacen suspirar tan tristemente: males en pago de esos bienes, aflicción añadida á sus dolores, y en cambio del grande y fraternal cariño que Jesús les tiene, sus enemigos hacen fiesta, aumentando sus tormentos.

¿Queremos recargar las sombras de este cuadro? Esos hombres, decía David, no se arrepintieron. ¿Cuántos, en efecto, de aquellos que escucharon las amorosas palabras del Salvador, al rogar á su Divino Padre, quedarían viviendo de asiento en el pecado? Y una Madre tan tierna y compasiva como la Santa Virgen, al pensar en desgracia tan funesta, sentía que sus entrañas temblaban de dolor: ¿cómo sufrir que en tantos hombres no tuviese resultado esa plegaria tan tierna de Jesús? (2).

(1) Ps. XXXIV, 12, 16.

(2) D. Th, 3 p., q. 21, a. 4. Ad Secundum.

La Santísima Virgen, para fijarse en esa triste consideración, no tiene que ir muy lejos: la traición de Judas acaba de pasar, y el ladrón impenitente muere á su vista blasfemando, sin embargo de ser entonces el gran día de la salvación del mundo.

Si la muerte de ese desgraciado contrista el corazón de nuestra dulce Madre, las palabras que Jesús dirige al buen ladrón la dejan un tanto consolada: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso» (1). Sí, María recibe ciertamente un gran consuelo en medio de sus penas, al contemplar los frutos de la redención de su Hijo. Esas palabras se dirían á todos los predestinados, y María contempla las incontables falanges de los santos, cuyos vestidos han quedado más blancos que la nieve, al caer sobre ellos la sangre de Jesús, cual divina lluvia de gracia celestial y de perdón.

Esas palabras revelan la admirable grandeza del poder de Dios, y su misericordia, levantándose admirable y majestuosa sobre todas sus obras. Nuevos consuelos para la Santa Virgen, que está bendiciendo y adorando aquellos divinos atributos. Ciertamente es que las manos del Señor están clavadas en la cruz; mas con todo, en ellas está la omnipotencia, y abrirán hoy mismo las puertas de los cielos: están manando sangre, pero esa sangre obra también prodigios admirables: tal vez el ladrón que pide á Jesús un recuerdo cuando esté en su reino, blasfemado había su Santo Nom-

(1) Luc., XXIII, 43.

bre; mas la sangre de Jesús roció sus miembros yertos, y el alma del ladrón se convierte en un instante: y no eran, ciertamente, los grandes méritos que lo habían llevado hasta el suplicio, los dignos de alcanzarle aquella divina promesa de Jesús: «Hoy serás conmigo en el Paraíso»: era un efecto de la gran misericordia del Señor su conversión; se hallaba á la derecha de Jesús, y junto á la Madre, que era ya el refugio de los pecadores.

¿Cómo podía negarse Jesucristo á los humildes ruegos de quien sólo le pedía un recuerdo, cuando las palabras del feliz ladrón revelaban una fe tan grande? Huyeron los apóstoles, negó á su Maestro Pedro, y el ladrón le acompaña y confiesa por su Dios sobre la cruz, cuando á los ojos de la carne no había otra cosa que debilidad: el mundo estaba conjurado en contra del Señor; junto á la cruz no se escuchan sino blasfemias y sarcasmos: al parecer, el mundo había triunfado, y en realidad, Jesús moría en la más triste y profunda humillación; sin embargo de todo esto, bastante fe tiene el buen ladrón para descubrir la inmensa grandeza del Señor; sobrada fortaleza para confesarle por su Dios. Y no fueron solamente estas virtudes las que nos reveló en las palabras dichas, pues en ellas vemos que deslumbran con hermoso brillo la esperanza y el amor de Dios. Cargado estaba de sus grandes crímenes, y pocas horas restábanle de vida; ¿hallará lugar al arrepentimiento? Y ¿tiempo tendrá para llorar sus faltas? El Hijo de Dios se siente abandonado, aquel Hijo cuya inocencia había defendido el buen ladrón; y si

ruega al Padre, ya no bajarán los ángeles, como antes en el huerto, para darle algún consuelo: ¿cómo, pues, podrá el ladrón esperar que Dios escuche con piedad su ruego? Preguntadlo á su esperanza, por cierto muy grande y firme en el Señor, y ella os mostrará su vencedora fuerza, y cómo, abstrayéndole de los tristísimos objetos que lo cercan, eleva su alma al cielo: y en cuanto al amor que tiene á Dios, contempla ese ladrón las llagas de Jesús, y en ellas ve sus culpas, y descubre la inmensa caridad del Redentor; caridad que desde luego abrasa su alma con ardiente llama (1).

Mas ¿cuál es el motivo por que Dios consuela á su triste Madre con las palabras que dirige al buen ladrón? Era para darle nueva fortaleza, disponiendo así su corazón á recibir una nueva herida. «Hoy serás conmigo en el Paraíso.» ¿No veis que estas palabras, en medio de su gran dulzura y de los vivos y abundantes manantiales de piedad que abren á los más grandes pecadores, contienen un anuncio que desgarrá el alma de María, y la inundan en torrentes de dolor y amarga pena? Hoy que estarán patentes al ladrón las puertas del Paraíso, será el funesto día en que esa Madre vea morir á su Hijo. Ciertamente, la triste y afligida Virgen lo consideraba así; mas oír esto mismo de los labios de Jesús, era para su alma una nueva espada de dolor que al clavarse le indicaba cómo ya la Santa Víctima se sentía desfallecer bajo el peso de sus grandes sufrimientos.

---

(1) D. Maxim., Hom. 7.

Junto á la cruz de Jesús estaba su Madre (1). Hé aquí lo que en otro tiempo decían las amigas de la Esposa: «Parecido es tu talle á la palma, y tus pechos á los hermosos racimos. Subiré, decía una de aquéllas, á este palmero y cogeré sus frutos, y para mí serán tus pechos racimos de uvas» (2). ¿No veis en esta imagen á la triste y afligida Madre que en el Calvario es crucificada con su Hijo? Antiguamente las manos del vencedor se adornaban con una palma; y la señal de la victoria que reportó el Señor sobre el infierno, es la santa cruz: y semejante á ésta, es la estatura de María, porque lleva en su alma otra cruz de inmenso y acerbísimo penar (3); tanto más grande, cuanto es más interior y excede á los tormentos de la carne, y la une enteramente á la pasión; agota un cáliz de amargura, y queda envuelta en un torrente de indecible pena. Había corrido en pos de Jesucristo, siguiendo no tan sólo el olor de sus aromas, si que también la multitud de sus dolores; contempla al verdadero Salomón ceñido con la diadema que le ha puesto la ingrata sinagoga, y María, coronada de tribulación, está delante del Señor, y está junto á la cruz, para contemplar la cabeza de su Hijo, ungida con el óleo de la alegría, golpeada con la caña, y atormentada con espinas. Asimismo, está mirando ya sin hermosura al más bello entre los hijos de los hombres; humillado y tenido por el último, al excelso Dios de

(1) Joann., XIX, 25.

(2) Cant., VII, 7, 8.

(3) Guillel. Ap. Chrysogon. D. 6, n. 15.

las naciones; contado entre malvados el Santo de los santos, y apenas sosteniendo su abatida frente y el peso de su cuerpo. Ella ve el serenísimo rostro del Señor, cubierto con las sombras de la muerte, y siente en el alma un dolor inmenso; y traspasada con agudo dardo, casi expira en las últimas angustias; y con todo, bebe hasta el último aquel cáliz, más amargo que la muerte; y lo que el linaje humano no hubiera podido soportar, Ella lo sufre llena de admirable fortaleza. Venció su sexo, superó á los hombres y á la misma condición humana, pues eran tanto mayores que ésta sus tormentos, como elevado y grandioso su divino objeto (1).

Mas el glorioso *Stabat* de la Santa Virgen no sólo revela su fortaleza en el dolor, si que también su invencible y admirable fe: vacilan los apóstoles y abandonan á su Maestro; pero María estáse inmóvil y cercana á la cruz del Salvador (2); y por esto compárase á la palma, cuyas hojas, siempre verdes, simbolizaban el vigor y la constancia de su fe invencible y sagrada (3).

Pero avancemos. El Evangelio añade: «Habiendo mirado Jesús á su Madre y al discípulo que amaba, el cual estaba allí, dice á su Madre: «Mujer, ahí tienes á tu hijo.» Después dice al discípulo: «Ahí tienes á tu Madre.» Que no nos llene de temor la obscura sombra que envuelve el santo monte, ni nos llamen la atención en este

(1) D. Amadeus, hom. 5. De laud. B. V.

(2) Richard, L. 2. Laud. B. V.

(3) Idem, L. 7.

instante los muertos que volverán á la vida, ó el temblor que sacuda al universo (1): hay para nosotros objetos sublimes y grandiosos que tienen absorto el pensamiento, y en pos de sí nos llevan todo el corazón. Un Dios agonizante que atiende al cuidado de su Madre, y no se olvida de sus hijos. Si hasta entonces el Salvador del mundo había como repesado en su divino pecho su amor inmenso á la Sagrada Madre, hoy lo descubre en las ternísimas palabras que hemos escuchado; y cual si quisiera prolongar su vida por atender á la que en otro tiempo le dió su carne, la pone en manos del discípulo que más amó sobre la tierra, á quien da un cariño inmenso, un grande y singular amor hacia su nueva Madre.

El Salvador debió atender, como perfectamente lo hizo, al cuidado de la Santa Madre, no sólo por tan divino título y carácter tan sagrado, mas también por esa hermosa y admirable conducta de María, que no le sabe abandonar ni en medio del tormento de la Cruz (2). Mas ¿cómo apartarse del Señor, cuando siempre iba en pos de sus pisadas y estaba pendiente á todas horas de sus labios, de tal suerte, que ni la tempestad de la persecución, ni los horrores del suplicio eran capaces de alejarla de la presencia del Señor? (3). Y no sólo esto: allí también María tiene hijos que salvar, y, por tanto, vedla cómo se pone á la derecha de la cruz, cual si quisiese detener con su

(1) D. Ambros. in Catena.

(2) Arnold. Carnot. De Laud. Mariæ.

(3) Guerric., Serm. 4. De Assump. B. M.

presencia las furias del averno, que, semejantes al turbión del Norte, reparten sobre el mundo las desgracias (1).

«Hé aquí á tu hijo.» Tales palabras hunden nuevo dardo de dolor en el alma de María. ¡Oh sustitución amarguísima! ¡Oh cambio doloroso para el sensible corazón de nuestra Reina! En lugar de Jesús está San Juan; el discípulo sustituyendo al Maestro; el hijo del Zebedeo por el Hijo del Eterno; un hombre llenando el vacío que Dios dejó: funesto y triste cambio; consuelo que á cada instante renueva los dolores de María (2). Esas palabras del Señor hacen inmortal el sentimiento de su Santa Madre, que, acostumbrado á ocuparse en Dios, cuando halla tan sólo á un hombre, con más viveza siente la falta que el Señor le hace: ese hijo que Jesús deja en lugar suyo no hará sino ahondar más profundamente un abismo donde no hay sino tinieblas, porque el señor no se encuentra allí (3). Sin embargo, Dios lo manda, y es indispensable que así se haga; y María, dulce y resignada como siempre, inclina la cabeza y nos recibe por sus hijos en la persona de San Juan.

Mas ¿qué otra cosa nos revelan las palabras de Jesús? El amor es el carácter distintivo de una madre. ¿No recordamos, por ventura, lo que hizo aquella que lo era con verdad, en el juicio del Rey sabio? «Ruégote, señor, decía la mujer cuyo

(1) Richard, L. 4. De Laud. Mariæ.

(2) D. Bernard., De Duod. stellar.

(3) Bossuet.

era el hijo vivo, que le deis á ella el niño, y no lo matéis.» Se conmovieron las entrañas de esa madre por amor de su hijo (1). Ahora bien: María, que siempre amó á Jesús con abrasado y ternísimo cariño, se hallaba en tales circunstancias, que, si lícito es decirlo, había llegado á su mayor grandeza y á una altura donde solamente Dios y Ella podían vivir; y entonces, cuando la Santa Madre derramaba como un mar los torrentes de su amor sagrado, con voz de mando Dios la dice: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y de aquí volverás tus espumosas y azuladas ondas» (2). Y éstas, ¿hacia dónde volverán? Jesús lo ha dicho: «Allí tienes á tu hijo»; y María, en el instante mismo siente, en medio de agudísimos dolores, un amor inmenso para con los hombres; amor que en ese instante sólo llega á su mayor grandeza. Así como en otro tiempo, al decir al ángel: «Hé aquí la esclava del Señor», luego quedó constituida Madre de Dios, y fué la Mujer santa y admirable que rodeó á un Varón, al presente, apenas Jesús ha pronunciado las palabras dichas, cuando todos nos hallamos viviendo en el seno inmaculado de María. Mas ¡ay dolor! Cuando Dios encarnó en sus purísimas entrañas, el alma de María fué llena de inefable gozo; hoy, que concibe á los hombres sus hermanos, su corazón se entreabre con violencia, y por medio de la más aguda espada, son ingeridos en su seno virginal.

Hay, pues, en las palabras del Señor, y en el

(1) III Reg., III, 16.

(2) Job, XXXVIII, 11.

sentimiento que brota del pecho de María, tanta generosidad y grandeza, que el hombre no puede comprender. ¡Darnos el amor de su querida Madre, de aquella Madre cuyos atractivos le hicieron descender del cielo, en cuyos brazos durmió tantas veces apacible sueño, cuyos amores formaban para Él un verdadero paraíso de delicias! Y todo esto darlo enteramente á los hombres sus hermanos..... Sí, enteramente, porque ya Jesús se despide de la vida, y nosotros quedamos ocupando en el corazón de nuestra dulce Madre el lugar mismo que ocupó aquel Hijo querido, cual si quisiese arrancarse del corazón y las entrañas de María, dejando solamente al hombre por objeto de todos los cuidados de esa Madre.

Puede, por lo mismo, la Sagrada Virgen decir en elevadísimo y distinto sentido estas palabras del Apóstol: «Si antes conocimos á Cristo en cuanto á la carne, ahora ya no le conocemos» (1). Y, efectivamente, ¿cómo le había conocido hasta entonces nuestra dulce Niña? Preguntadlo á Belén, al Egipto y Nazaret, y en estos sitios hallaréis el obsequio, los servicios, la solicitud y los cuidados de la más diligente y amorosa Madre. Ahora, ¿qué hace, más bien, qué se la permite hacer en favor de su Hijo? Y aun dejando todo esto, la figura de leproso, que tomó por amor de los mortales, ¿es la de aquel Señor de quien está escrito: «Él es el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia»? (2). Todavía más:

(1) II Cor., V, 16.

(2) Heb., I, 3.